



Año XLIII

Orhucla 15 Agosto de 1925

Núm. 1000

Publicado por B. ADOLFO OLAVARRIA

No os fiéis de los hombres sin religión

Da los hombres que no tienen religión no os fiéis; en cuanto se les ofrezca ocasión os jugarán alguna trastada. La religión es un freno, si se rompe el freno, tened seguridad de que se desbocará la bestia de la concupiscencia. El hombre religioso tiene siempre un vigilante que le obliga a cumplir con su deber; es el ojo de Dios que en todas partes le vigila.

He aquí un ejemplo que lo prueba.

Un señor tenía dos criados uno pagano y otro cristiano, los cuales estaban al mismo tiempo al servicio.

Como el dueño se ausentase, el criado pagano le dijo al otro: «El amo está ausente; abandonemos, pues, el trabajo». Pero el criado cristiano le replicó: «Mi amo no está nunca ausente; pues me contempla desde lo alto del cielo.»

Y mientras el criado pagano se entregaba a la vagancia; el piadoso cristiano seguía cumpliendo con su deber trabajando. Con razón observa un escritor que «la más sagaz policía nunca llegará a suplir el catecismo de las escuelas.»

Todavía es más elocuente el ejemplo de Voltaire.

El ateo Voltaire, uno de los enemigos más grandes que ha tenido la Iglesia, invitó una vez a su mesa a sus compañeros D'Alembert y Diderot. Como estos emprendieran conversaciones impías, díjoles Voltaire: «Por favor, no habléis conversaciones de esta clase, mientras mis criados estén delante; esperad a que se

hayan salido de la sala; porque si oyen estas máximas y obran en consecuencia, no pasará esta noche sin que me asesinen.»

El mismo impío Voltaire dejó escrito: «Si yo fuese amo no toleraría nunca junto a mí criados que no creyesen en Dios; temería ser envenenado cada momento.»

Mucha gracia tiene el caso de un francés con un senador de la misma nacionalidad.

Miguel Renaud, senador, en un viaje que hizo a París alquiló en un buen hotel algunas habitaciones para largo tiempo. Por convenio tuvo que pagar anticipadamente el alquiler de un mes, que importaba unos cientos de francos. Al recibir el dinero preguntó el hotelero si quería que le extendiese recibo. Contestó el senador: «Tratando con hombres que creen en Dios, no hay necesidad de tales cosas.»—¡Ah!, observó el dueño del hotel en tono burlón; «De manera ¿que V. cree en Dios?—Naturalmente caballero, respondió el senador. ¿Y V. también?—Respondió el hotelero: «No, yo no creo en Dios». Entonces, replicó vivamente el senador, extienda V. en seguida el recibo; con gente como V., es cosa indispensable. Y tenía razón, gente sin Dios es gente sin conciencia.

LA TENTACIÓN

Había un obispo que era muy amante y devoto de San Andrés, y más que a otra virtud alguna, tenía afecto a la castidad.

El demonio, a quien Dios le quitó el poder pero no el saber, con tal de perder aquella alma justa y pura tomó el cuerpo de una hermosa princesa

mora, que se fué hecha un mar de lágrimas a buscar al piadoso obispo, y le contó como quería ser cristiana y tomar hábito en un convento, y que sus padres no querían, teniéndola avasallada y queriéndola casar con otro moro fiero.

El buen obispo se compadeció mucho de ella, la hospedó en su palacio, llamó a sacerdotes sabios, para que instruida cuanto antes en la doctrina cristiana, entrase cual deseaba en un convento.

Cuando le tocaba al obispo la práctica, aquella mujer se ponía cada vez más hermosa y resplandecía como un sol, tratando de mudar el tema, y de hablar cosas mundanas y de amores, con tal maña y liviandad, que el pobre obispo sentía su corazón rebelde y su virtud flaquear.

Un día que y lo tenía confundido con la mucha palabrería que le gastaba, le dijo:

—Ya que sabes tanto, ¿a que no podréis contestar a tres preguntas que os voy a hacer? Y si no halla S. E. la solución, tendrá que confesar que yo sé más que S. E.

Entró en eso un criado y dijo a S. E. que a la puerta estaba el pobrecito viejo que pedía limosna.

—No se vaya—dijo la mora.

—No—repuso el obispo;—dile que suba, que le socorreré.

Entró el pobrecito y se sentó a un lado.

—Vamos—dijo el obispo a la mora;—has las preguntas para que las conteste.

—Dígame, pues—preguntó la mora:—¿Cuál fué el primer milagro que hizo Dios?

El obispo se quedó parado; pero el viejecito, alzando gravemente la voz, contestó:

—Hacer el hombre a su semejanza.

Nada pudo contestar la mora; y así pasó a la segunda pregunta, que fué:

—¿Me podréis decir de dónde está la tierra más alta que el cielo?

Si la primera pregunta dejó al obispo parado, la segunda lo dejó confundido.

—En el trono celestial—dijo el viejecito,—pues allá está María en cuerpo y alma.

La mora, a su vez, se quedó confundida con aquella respuesta y pasó a la tercera.

—Pues ya que tanto sabéis—dijo al viejecito,—¿me podréis decir cuántas leguas hay del cielo al infierno?

—Eso sólo vos podéis saberlo—contestó el viejecito,—pues sólo vos, Satanás, Angel rebelde, las habéis andado.

Al verse descubierto por aquel viejecito, que era San Andrés, Satanás dió un rugido y desapareció.

Fernán Caballero.

¿Feminismo o Masculismo?

No es justo que el hombre pueda serlo todo, desde negro de Guinea hasta príncipe pío, y que la mujer no puede salir de la triste condición de hija de sus padres, de mujer de su marido o de madre de sus hijos.

Es verdad que la naturaleza, obedeciendo como una esclava los decretos de la Providencia, ha establecido entre el hombre y la mujer una profunda diferencia; pero esto que podía pasar muy bien en la infancia de la humanidad, cuando los hombres no estaban bastante instruidos para poder sublevarse contra las leyes de la naturaleza, no es posible desde el momento en que la ciencia humana ha conquistado el derecho de corregir la obra de Dios...

La mujer económicamente considerada, es un fausto ruinoso que por espacio de muchos siglos se ha creído el hombre obligado a sostener.

Ella se nos presenta y nos exige, como cosa que le pertenece, una protección que hasta ahora nosotros no hemos sabido negarle.

¿Y en nombre de qué derecho pretendemos nuestro amparo?

En nombre de un extraño derecho; en nombre de su debilidad.

¿Hemos de protegerla porque es débil?

¿Desde cuándo los débiles tienen derechos?

¿Acaso porque el hombre es fuerte se le ha condenado a pasar por la tierra como un mozo de cordel encor-

vado bajo el peso de ese enorme fardo que se llama familia?...

La mujer es mujer. Perfectamente. Pero esa dificultad se resuelve haciéndola hombre.

Esos seres que parecen tan frívolos, poseen el secreto de una conciencia profunda; la ternura las hace adivinar todo aquello que pueda ser agradable al que es objeto de su cariño.

Ellas solas entienden y hablan esa lengua sin gramática y sin diccionario, que hablan los niños cuando todavía no hablan.

Ellas disponen de una química infusa con la cual confeccionan esa miel con que tantas veces dulcifican las amarguras de nuestra vida.

¿Dónde han aprendido esa filosofía práctica con que mantienen en el seno de la familia el orden, fuera el cual, no existe nada?

¿En qué escuela han aprendido esa extraña mecánica con que saben dirigir y masejar todos los pormenores de esa máquina íntima que se llama familia?

Si los niños pudieran hablar, es decir, si nosotros supiéramos entenderlos; ellos nos dirían que en ninguna parte duermen mejor que en el regazo de su madre.

¿En qué, pues, nos detenemos? Saquemos esa poderosa aptitud, esa influencia decisiva, que se llama mujer, de esa cárcel oscura que se llama hogar doméstico; librémosla de la argolla que continuamente la sujeta a la esclavitud de la familia; emancipémosla de la ominosa servidumbre de marido; arranquémosla de los hijos; quitémosle los frívolos cuidados de la casa; rompamos las cadenas del decoro, de la honestidad y del recato; derribemos, en fin, las cuatro paredes de la casa, y plantémosla en medio del arroyo.

¿No dicen que la mujer es un tesoro? Pues bien, explotémosle.

Saquémosla de esa triste condición, de la cual se han emancipado en virtud del acto supremo de su voluntad soberana todas las mujeres libres.

El siglo del crédito, de esa maravilla, de ese gran prodigio por medio del que diez son veinte y veinte son ciento, ¿podrá consentir que los números por una criminal ignorancia insistan todavía en sostener que tres y dos son cinco?

Cuando todo crece, se aumenta y se desarrolla con fabulosa actividad, ¿le será lícito al número permanecer en tan vergonzoso estanca-

miento? ¿No nos será permitido elevar la cantidad mujer a la cantidad hombre?

El poder de la asociación, que empieza a ser más fuerte que el poder de la sociedad, ¿no ha de tener virtud ninguna para conseguir que tres y dos sean seis?

Francamente; ¿permanecerá la cantidad sujeta, encadenada al poder invencible, a la terquedad insorpotable del número estricto de las unidades?

Civilización moderna, que todo lo puedes; progreso rápido, que te pierdes de vista, ¿consentirás que diez sean diez eternamente, y que tres y dos sean eternamente cinco?

Es necesario, indispensable, urgente, que la mujer se convierta en hombre.

Tal es la cuestión.

Hay entendimientos cobardes que no se atreven a penetrar en el fondo de las cuestiones; que, por ejemplo, no atreviéndose a enviar a sus hijas a las Universidades, ni a sus mujeres a la Academia, solicitan, sin embargo, no sabemos de quién, piden, no sabemos cómo, la *instrucción* de la mujer, invocando nada menos que el sagrado derecho que esas hermosas criaturas tienen a saberlo todo. El pudor no autoriza la ignorancia.

Ma's entendimientos tan pusilánimes se detienen aterrados ante la vulgaridad de las más risibles reflexiones.

Ellos dirán: ¿Dónde está el hombre bastante enamorado de la sabiduría y de la ciencia, que se dedica a casarse con un estudiante?

¿Dónde está el hombre tan cruelmente enfermo, que se dedica al fin a casarse con un médico?

¿Será posible que haya en el mundo un criminal tan desalmado que se determine a tomar por esposa a un escribano?

¿Hay algún cesante tan desprovisto de esperanzas, que no vacile ante la idea de hacer madre de sus hijos al diputado más influyente o al ministro más poderoso?

Pero así solo discurren los padres, los hijos, los hermanos, los maridos; y preciso es decirlo: la civilización que nos empuja no tiene nada que ver ni con los maridos, ni con los hijos, ni con los padres, ni con los hermanos.

¿Sería curioso que la especie humana detuviera su marcha majestuosa ante el ridículo estorbo de la familia?

CASOS Y COSAS

En Portugal.

—¡Revolución en Portugal!

—Pero, hombre ¿y le admira a usted?

—Pues ¿de qué me había de admirar?

—De que estuvieran en paz.

—¿Quién manda allí?

—Los revolucionarios, los que cometieron el horrible crimen que a tantas reales personas costó la vida; los perseguidores de la religión...

—Basta... basta... Para muestra hay ya botones de sobra...

—Mas ¿cómo se explica que los actuales gobernantes, hijos de la revolución, revolucionarios ellos, se lamenten de los pronunciamientos militares y de las algaradas civiles?

—Lo mismo que se explicaba el que nuestros liberales amordazaran y, si podían, hicieran cisco a los que se permitían opinar contra ellos.

—Es decir: la ley del embudo...

—Que es la ley única a que se atienen todas esas gentes liberales y revolucionarias o como ahora las llaman izquierdistas o rojas...

Ante el Papa

El Nuncio de Su Santidad, en Madrid Monseñor Tedeschini ha sido recibido en audiencia por el Romano Pontífice. En ella, que fue extensa; se habló: como es natural, de España.

El Pontífice expresó al Nuncio las grandes simpatías que siente por nuestro pueblo tan religioso y que tantas muestras de piedad está dando en las numerosas peregrinaciones que envía a Roma.

También hizo un merecido elogio de nuestros reyes.

La palabra del Vicario de Jesu- aristo suena regaladamente en los oídos de todo español.

Cuando tantas gentes hablan mal de España y la calumnian bueno es hacer resaltar los elogios que de ella hace la más alta autoridad de la tierra.

La bendición que el Pontífice envía por medio de su Nuncio al pueblo español la recibimos de rodillas.

Corrección de errores

—Mas volvamos a España y a las cosas de los españoles.

Merece un elogio caluroso el profesor Casares el cual en Ginebra en la Comisión internacional de cooperación intelectual ha presentado un proyecto encaminado a la corrección de los errores geográficos e históricos en los manuales de Geografía e Historia en las naciones.

No será España la menos favorecida si el proyecto entra en vías de hecho.

Hay por esos mandos, manuales de Geografía en los que España aparece como un país árido en que los campesinos viven como los rifeños de higos chumbos.

No hace mucho una turista inglesa protestaba vivamente porque el viaje de Granada a Córdoba y Sevilla se hacía en ferrocarril y no se podían experimentar las sensaciones fuertes de las invigiladas carreteras donde en cada vuelta debía haber cuadrillas de salteadores trabuco en mano.

—Me han engañado. Aquí viajar con la misma seguridad que en Inglaterra; aquí haber ferrocarriles; aquí no haber ladrones en los caminos...

—¿Y quién la ha engañado haciéndonos tan poco favor?

—Los libros de mi país...

Son muchos los libros de ese país y de otros países que presentan a España sin vías de comunicación y aún son más los que retuercen nuestra historia.

Será una gran obra de patriotismo si se logra el que desaparezcan, por lo menos, los errores y horrores de más bulto en los manuales geográficos e históricos que sirven de texto en las escuelas.

—Mas para la caza de errores de bulto que manchan la historia de España no es menester ir al otro lado de las fronteras. Aquí mismo existen los calumniadores que se complacen en arrojar lodo sobre las más excelsas figuras de nuestra historia.

Estos días mismos ha salido «El Liberal» con un artículo enderezado nada menos que a la Academia de la Historia, resucitando la vieja calumnia de la muerte de Montigni por Felipe II.

El Sr. Montaña ha dado un merecido palmetazo a «El Liberal» demostrando que el tal Montigni fue condenado a muerte por un Tribunal competente presidido por el Duque de Alba y por magistrados flamencos. Es decir, que Felipe II no intervino para nada.

La prueba aducida por el Sr. Montaña no ha podido ser más concluyente: remitir a los autos originales del proceso que están en el Archivo de Simancas.

El Sr. Casares haría muy bien en pedir que ese proyecto sea aplicado a España y en esta ocasión a «El Liberal».

¿Y el juego?

Al comenzar el verano decían los amigos del vicio del juego:

—Si no se juega en las estaciones de veraneantes se quedarán estas desiertas y emigrarán los admiradores a las estaciones francesas e suizas.

—Bien, contestó el Directorio, que emigren, pero no se juega.

Y no se ha jugado.

Y sin embargo este año hay en las playas españolas más gente y más movimiento de dinero que en los años anteriores.

La prohibición del juego ha producido efecto contrario que el predicho por los viciosos y por las compañías de explotadores del juego que son los únicos en definitiva perjudicados, porque ya no pueden enriquecerse con la explotación del juego y de los vicios que acompañan como secuela a sus grandes centrales.

Lo que ha disminuido en las playas son las cuadrillas de tahures que vivían alrededor del tapete verde y que por su calidad de vida eran de ordinario carne presidiable.

Pero en cambio muchas familias que antes huían de esos centros por temor a los extrajes del juego, ahora han concurrido a ellos llevando inusitado movimiento a las más hermosas poblaciones de las playas cantábricas, mediterráneas y atlánticas.

A. Hernán.

Cuando haya leído este periódico no lo tire délo a leer.

LOS MOTES

Hay cerca del mío un pueblo cuyos habitantes adolecen del vicio de motejarse mutuamente. Nadie es allí tan conocido por sus propios nombres cuanto por su tercer apellido, y desde el bueno de Mosén Tropesones hasta el esmirriado caico del tío Zampahigos, todos figuran en el censo de los alias.

Acaeció, no ha muchos años, que al pueblo llegó, para avecindarse, un forastero, quien dándose cuenta de tan arraigada costumbre, temió no poco que le aplicasen un apodo irritante.

Estaba él un día en unión de sus amigos, y como viniese a dar la conversación en el tema que a nosotros nos ocupa, alguien le aconsejó que no se molestase si el día menos pensado oía que le llamaban con nombre distinto del suyo.

Nuestro hombre, aunque al principio fingió indiferencia, pronto dió a conocer lo mucho que holgaría de que ningún motejador se acordase de él; y terminó por decir cachazudamente: «Yo me alegraría de que todos respetasen mi nombre de pila, porque eso de los mote es cosa de mal educados; pero si algunos tienen tan arraigado el vicio que no puedan pasar sin motejarme, si les agradeciera que no me ofendiesen con un apodo insultante. No exijo un mote bonito, pero tampoco será de mi gusto uno que me ridicalice. Solo deseo que, puestos a apodarme, den con un mote... así... ¡vamos! un poco regular».

No dijo más. Poco tiempo después el nuevo vecino era conocido de todos por el tío Regular.

Y dicen que no está descontento con su apodo, porque, al fin y al cabo, es según sus deseos. Únicamente le extraña, y no poco, el que haya pueblos en donde no pueda uno pasar sin ser motejado.

CASA EDITORIAL DE ARTE CATOLICO
JOSE VILAMALA
Provenza, 266.—Barcelona.

¡SED AMIGOS!

San Francisco de Asís
y la amistad cristiana

Un tomo de 436 páginas, tamaño 18 por 12 centímetros. Precio: 5 pesetas en rústica y 7 pesetas encuadernado en tela.

Todo el que desee sentir bañarse el corazón en un mar de dulzura y amor franciscano, lea las recientes páginas del P. Victorino Facchinetti!

¡Sed amigos! Es un tomo de 436 páginas, por las cuales corre un torrente límpido de alta poesía, purísima, cual brota el agua de la fuente clara. Las primeras cincuenta páginas están consagradas a la teoría: las restantes, a la práctica de la amistad. El Autor ha sabido intercalar un paréntesis, verdaderamente de oro, en el cual ha ergastado una perla literaria que se llama e intitula *El Ejemplo*. El celebrado Autor estudia, en primer lugar, la amistad en sus mismas fuentes, en su fundamento: pondera sus lazos y enaltece sus dotes, todo esto forma la naturaleza de la amistad, luego considera su excelencia: la amistad es una virtud, sus beneficios constituyen la caricia más inefable y el mentor más seguro para el corazón humano: de sus alegrías destila el néctar más suave del cáliz de la vida y son, al par, bálsamo que cura y cierra las más graves y abiertas heridas. De aquí la necesidad de la Amistad que el Autor prueba penetrando sutilmente en la psicología de esta lazada del alma; y ¡hace admirablemente trazándose un cuadro grande y hermoso de la historia de los corazones y recogiendo los ejemplos más bellos, elevándose, finalmente, al cielo en el cual Cristo y los Santos palpitan de amor por nosotros en recompensa de la amistad que nosotros les profesamos.

La Tercera Orden Secular de San Francisco

Resumen histórico (1221-1921)

Por el Rev. Padre Fredegando de Amberes, traducido por el R. P. Marcos de la Escalada, O. M. C. Un tomo 18 por 12 centímetros. Precio: 250 pesetas en rústica y 4 pesetas encuadernado en tela.

En esta obra nos presenta el autor un preciso resumen de la historia completa de la Tercera Orden Franciscana. Mucho se ha escrito acerca de esta seráfica institución, pero no se conocía aun tan importante como es su desenvolvimiento histórico. En sendos capítulos expone el notable historiógrafo P. Fredegando los orígenes de la T. O., su regla primitiva, su carácter jurídico, sus relaciones con las de los frailes menores, los frutos que ha dado a la Iglesia, su adaptación a todos los tiempos y personas, su maravillosa difusión, las

reformas que ha sufrido y la huella imperecedera que ha dejado en la sociedad mediante su espíritu evangélico. Todo lo abraza el célebre historiador y su mirada perspicaz entrevé en las prodigiosas obras de la T. O. el espíritu seráfico que la informa bebido es el peño ardiente del Serafín de Asís. Los terciarios todos deben leer la presente obra para admirar una vez más la grandiosa empresa del seráfico P. S. Francisco y alentarse a seguir las huellas de tantos ilustres terciarios como han brillado en el cielo de la Tercera Orden franciscana. Los predicadores y directores de las hermandades terciarias tienen aquí su libro manual, imprescindible para hablar con fundamento de esa secular Institución seráfica. La traducción es correcta y la impresión tipográfica esmerada.

UBRAS

de

Adolfo Slavaran

Edición completa

nuevamente revisada

Van publicados 9 tomos.

Saldrán unos 12.

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot, 3 Orihuela.

No se responde de los paquetes no certificados.—A los señores libreros, condiciones especiales.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción... 4 pesetas mensuales

Media id... 2 » »

Un cuarto id... 1 » »

Un octavo id... 0'50 » »

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la Península.

Dirigir la correspondencia a D. Diego Castaño administrador de LA LECTURA POPULAR Bellot 3, Orihuela (Alicante) puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica Calle de Zorrilla, duplicado.

Imp. La Lectura Popular.-ORIHUELA